

## Ciencia y exilio en América Latina El caso de los matemáticos uruguayos en Venezuela

Rodrigo Arocena\*

Unidad de Ciencia y Desarrollo, Facultad de Ciencias,  
Universidad de la República,  
Montevideo, Uruguay

La experiencia del exilio, inducida por las dictaduras que durante los años '70 y '80 asolaron el sur de América, se constituyó en un factor de primera importancia en la formación de la comunidad científica latinoamericana. Semejante conjetura no será demostrada aquí, donde sólo se la considerará a partir de uno de los tantos casos que la hacen plausible. El núcleo del mensaje que se busca transmitir surge de los testimonios que esta nota recoge.

### Un itinerario bastante agitado

A mediados de la década de 1970 fueron llegando a Venezuela varios matemáticos uruguayos que, hasta 1973, habían trabajado en el Instituto de Matemática y Estadística (IME) de Montevideo. En ese instituto, como resultado de un esfuerzo tesonero desplegado desde la década de 1930, se había constituido un equipo de investigación pequeño pero activo. Ello puede ser visto como un acontecimiento improbable, pues tuvo lugar en el contexto de una universidad con la estructura tradicional latinoamericana, poco propicia para la investigación (Ribeiro, 1971), y de un país donde siempre ha sido pequeña la atención dispensada a la ciencia. Sin embargo, el temprano desarrollo de la matemática en el Uruguay se vio favorecido por una época de tranquilidad pública, en la cual se desplegaba una cierta benevolencia hacia diversas formas de la cultura. Así, se pudo contar con unos cuantos apoyos para la construcción, en los intersticios del profesionalismo predominante, de un instituto de ciencia básica, obra conjunta de Rafael Laguardia y José Luis Massera. Este llegó a ser un investigador de renombre mundial; aquél dirigió al IME desde su fundación en 1942

---

\*El autor agradece la gentil invitación del Dr. Argimiro Arratia para escribir este artículo.

hasta 1968. Por entonces, las labores de enseñanza e investigación se habían consolidado.



Rafael Laguardia

La preocupación de Laguardia y Massera por mejorar los cursos ofrecidos a los estudiantes desde el comienzo de su ciclo universitario, y el virtuosismo docente que con estilos muy diferentes ambos cultivaban, para inspiración de sus jóvenes colaboradores, habían conducido a una sustancial elevación del nivel de la enseñanza matemática a nivel terciario. Paralelamente, el apoyo sostenido a la formación de nuevos matemáticos había dado lugar a un trabajo de investigación serio en ecuaciones diferenciales, análisis funcional, probabilidad, estadística, álgebra y topología algebraica.

Una tarea fundacional daba sus frutos (Arocena y Pérez, 1986; Glick, 1994; Inchausti, 1995). En la Universidad de la República, la única del país, había surgido una comunidad matemática muy pequeña, con carencias múltiples, pero con estilo propio, mística y sentido de equipo.

Para entonces, ya el Uruguay era otro país. El estancamiento económico lo había alcanzado bastante antes que al resto del continente, horadando las certezas que lo llevaban a verse a sí mismo como la Suiza de América. Su pasado era digno de envidia: la dotación de recursos naturales le había permitido una inserción bastante beneficiosa en la economía mundial desde fines del siglo XIX, lo cual posibilitó una edificación pionera de un amplio “estado de bienestar”; éste, conjugado con una democratización comparativamente temprana, llevaron a un observador externo a describirlo como “el país modelo” de las primeras décadas del siglo XX. La tranquila prosperidad relativa, en cuya gestación la causa primera no había sido el esfuerzo y la innovación en el campo de la producción, condujo a la rutina y a la autosatisfacción, inmejorablemente expresada por un presidente de los años '50 cuando, al describir sus impresiones de un viaje al Viejo Mundo, afirmó que, en realidad, Suiza era el Uruguay de Europa.

A fines de esa década, el proceso conocido como Industrialización por Sustitución de Importaciones - que seguiría siendo el eje del crecimiento económico latinoamericano hasta la gran crisis de los '80 - estaba virtualmente agotado en el Uruguay. Los gobiernos intentaron cambiar de rumbo, con particular energía después de 1967, apuntando a reducir salarios, limitar el gasto público en educación y ampliar la rentabilidad empresarial. Las luchas sociales se agudizaron rápidamente y el régimen recurrió a medidas represivas desconocidas en el país,

aunque desgraciadamente no en el continente. La Universidad de la República, institución modelada por el Movimiento de la Reforma Universitaria latinoamericana y estrechamente ligada al vigoroso movimiento sindical uruguayo, se encontró en el foco de la tormenta. Sus estudiantes se ubicaron en la primera línea de resistencia a lo que fue un Golpe de Estado en sucesivas etapas, desde 1968 hasta 1973; gran parte de los docentes apoyaron a sus alumnos. La lucha política se agudizó; el accionar armado insurgente cobró una fuerza aparentemente muy grande; las Fuerzas Armadas derrotaron a la guerrilla; luego asumieron el control del gobierno y disolvieron el Parlamento; en octubre de 1973, intervinieron la Universidad de la República y sustituyeron a sus autoridades autonómica y legítimamente electas. Numerosos docentes fueron destituidos, entre ellos todos los del IME; varios experimentaron molestias adicionales. La investigación en matemática prácticamente desapareció del Uruguay por varios años. El daño infligido al conjunto de la actividad científica uruguaya llegó a superar incluso, en términos relativos, los niveles por lo general muy altos que en la materia alcanzaron las otras dictaduras del Cono Sur.

Por entonces, del otro lado del Río de la Plata se vivía una primavera transitoria y agitada. En 1973, un ciclo dictatorial había concluido, desembocando en el triunfo electoral del peronismo. En las universidades argentinas el clima era de ebullición. La Facultad de Ingeniería de la Universidad de Buenos Aires ofreció trabajo a todos los docentes expulsados del IME; varios de ellos lo aceptaron; desde situaciones personales distintas, valoraban una oferta generosa que, además, les permitía seguir juntos. Otros se vincularon poco después a la Facultad de Ciencias de la misma Universidad. En esta última Facultad, varios de los más jóvenes entre esos docentes completaron la Licenciatura en Matemática, la que en el Uruguay no había llegado a consolidarse, por lo cual los investigadores “senior” del IME eran ingenieros y/o doctorados en Europa o Estados Unidos.



José Luis Massera

En 1974, el panorama argentino tendía a ensombrecerse. La Universidad de Buenos Aires fue intervenida, y el grupo de matemáticos uruguayos que trabajaban en la Facultad de Ingeniería figuró en los primeros lugares de la lista de cesantes. Poco después, dos de sus colegas, José Luis Massera y Roberto Markarian, iniciarían largas y penosas estadías en las cárceles de la dictadura uruguaya. A partir de 1975, varios de los antiguos docentes del IME fueron llegando a Venezuela, atraídos por la oportunidad de vivir y trabajar en paz

que una nación hospitalaria les brindaba<sup>1</sup>. Rodrigo Arocena, Enrique Cabaña, Jorge Lewowicz, Heber Nieto, Gonzalo Pérez y Mario Wschebor, tras un periplo más o menos breve en la Argentina, empezaban a vivir la experiencia prolongada que motiva esta nota.

### **En la paz de un nuevo hogar**

Esta sección y la siguiente se basan en un “mini” cuestionario planteado a Cabaña, Lewowicz, Nieto y Wschebor, el cual fue respondido con una cuota de emoción que se refleja nítidamente en las transcripciones incluidas a continuación. La selección y el uso de las mismas, por supuesto, no es de su responsabilidad.

Gonzalo Pérez, tras varios años en Maracaibo, retornó al Uruguay, donde con no poco sacrificio colaboró activamente a la reconstrucción de la actividad científica. Falleció hace poco, por lo cual esta nota se ve privada de ofrecer alguna muestra de la sensibilidad y el estilo peculiar de quien era pintor y escritor además de matemático.

### **La experiencia vital**

Para este grupo humano, Venezuela fue un hogar en paz: “El periodo venezolano fue para nosotros, como para tantos otros que llegaron desde el cono sur del continente, de calma y producción, de asentamiento personal y tranquilidad del espíritu. Sobre todo, en virtud de las condiciones de las que veníamos. Hicimos muchos amigos muy cercanos, venezolanos y no venezolanos.”

Un hogar bastante distinto a lo conocido antes: “Para mí, Venezuela, Caracas, [...] significaron un cambio tan grande, que sólo volví a sentirme de regreso en el mundo de las realidades a las que estaba habituado cuando nos instalamos en un cine por primera vez, para ver una película. [...] Algunos meses después, el trato de los colegas y de los alumnos me hacía sentir como si fuera uno más de ellos.”

No siempre fue fácil, sin embargo, ubicarse en el nuevo hogar: “En el plano más estrictamente personal, si de algo debo lamentarme es de mi propia incapacidad para incorporar en su plenitud toda la riqueza y diversidad de la sociedad venezolana.”

Aún así, para todos se trató de una experiencia vital muy profunda. Excepcional incluso: “Venezuela, los venezolanos, contribuyeron, como nada ni nadie,

---

<sup>1</sup>Antes había llegado, procedente de Francia, Marcos Sebastiani, también antiguo docente del IME que, tras una estadía en Maracaibo, se trasladó a Porto Alegre. En ambos lugares colaboró con los matemáticos uruguayos de las sucesivas generaciones, para quienes siempre ha sido un amigo solidario y un referente académico.

en mi vida de adulto, a despertar, reconocer, ejercer y enriquecer, importantes aspectos de mi vida afectiva y sensible.”

Aparece pues con vigor ese gran tema de toda emigración, el encuentro inevitablemente conflictivo y potencialmente enriquecedor de las improntas culturales del país de origen con las improntas prevalecientes en la tierra donde se logra residir. Estas últimas manifestaron, en el caso que nos ocupa, un gran poder de seducción: “Venezuela me atrapó, y cuando viajo (aunque sea con la familia) extraño mucho Maracaibo. En realidad me siento muy a gusto aquí; me gusta la forma de ser alegre y despreocupada del venezolano [...], que equilibran mis tendencias congénitas en el sentido contrario.”

Más allá de modalidades personales y opciones posteriores, ese nuevo hogar soleado, de cordial expresividad e increíble belleza, conquistó a los que recibió.

### **La labor académica**

Sin desmedro de las diferencias de trayectoria previa y de nivel científico, la siguiente afirmación refleja una valoración compartida: “En cuanto a las condiciones de trabajo y el trabajo resultante, tengo muy buenos recuerdos. Las facilidades para viajar, para organizar actividades, para invitar gente, han sido las mejores que he podido disfrutar. Estoy conforme con los resultados. Pude trabajar en colaboración, cosa que siempre tiene sus dificultades.”

En mi caso, fue entonces que me formé como investigador, en el seno del grupo de Análisis Armónico y Teoría de Operadores constituido en torno al magisterio de Mischa Cotlar. Quien en 1928 llegara apenas adolescente al Uruguay proveniente de Ucrania, es desde hace casi 65 años un sembrador itinerante de la ciencia latinoamericana. La que fuera en su momento la principal referencia sobre una de las líneas de trabajo del grupo mencionado antes establece que el avance en esa área tuvo lugar principalmente en Rumania, Estados Unidos y Venezuela (Foias y Frazho, 1990; pág. viii).

Un investigador ya formado encontró la ocasión para gestar su línea de trabajo: “En lo profesional, considero que es en Venezuela donde realmente comencé a hacer matemática y tuve un primer desarrollo independiente como investigador.”

Incluso un matemático con reconocida obra previa estima que esa fue su etapa más fecunda: “Lo mejor de mi trabajo científico, hasta ahora, fue realizado en Venezuela.”

Recíprocamente, ¿se pudo contribuir de alguna manera al desarrollo de la actividad científica? Una respuesta tentativa fue ofrecida en los siguientes términos: “Respecto de la Matemática Venezolana, yo creo que la presencia de los uruguayos, contribuyó a consolidar el rol de la investigación como meta académica esencial, a instalar niveles de exigencia mayores y a conformar grupos de investigadores.”

Se observó también que, en ciertas regiones de Venezuela, hasta mediados de los '80 los emigrantes argentinos, chilenos y uruguayos tuvieron un peso preponderante en la formación de los licenciados en matemática, varios de los cuales luego obtuvieron doctorados, a menudo en el exterior, y hoy en día son investigadores productivos.

Se registra, por otro lado, una nota de precaución: “las influencias a que estuvo y sigue estando sujeto el trabajo matemático en Venezuela son muchas, y no creo que las de los uruguayos hayan tenido consecuencias distinguibles. Seguramente tuvimos alumnos que reflejan algunas de nuestras características. Creo que esta parte les toca responderla a los venezolanos, no a nosotros.”

### **La consolidación de una micro comunidad**

Muchas unidades de investigación fueron destruidas por las dictaduras del Cono Sur. Los investigadores que optaron por permanecer en sus países - o fueron obligados a ello - frecuentemente tuvieron que dejar de lado la labor académica; y a menudo afrontaron padecimientos bastante más graves. Otros se vieron empujados a dejar su tierra, para poder vivir con alguna paz, o simplemente para seguir trabajando como científicos; varios lo lograron pero, frecuentemente, al precio del aflojamiento de los lazos de colaboración con quienes habían sido sus compañeros de trabajo en el país de origen.

La emigración suele llevar a la dispersión. El marco de la vida y el trabajo en Venezuela posibilitó un relacionamiento distinto: “Mantuvo, incrementó los lazos académicos y fraternales entre los matemáticos uruguayos que ayudaron a la decisión más o menos conjunta de volver, y luchar por el renacimiento científico en Uruguay. Y, fundamentalmente, les permitió consolidarse como investigadores.”

La historia peculiar del Instituto de Matemática y Estadística en el Uruguay había creado entre sus miembros un cierto espíritu de grupo. En Buenos Aires, al concluir uno de los exámenes con que algunos de los protagonistas de esta pequeña historia procuraban obtener un título que en Montevideo de hecho no existía, y tras conversar con ellos, el examinador - un analista muy conocido - comentó algo del siguiente tenor: “Ahora veo por qué tienen este buen nivel: en Uruguay hacer matemática es como pertenecer a una pequeña secta secreta, mantenida por una vocación inusual.” Exageraba, por supuesto, pero no del todo.

Ese espíritu se mantuvo vivo entre todos los matemáticos que habían formado parte del grupo del IME. Pero sólo en Venezuela confluyó un número suficiente de ellos como para constituir un “subgrupo” que en algún sentido actuara como tal. Las condiciones materiales y espirituales lo favorecieron. “Creo que los matemáticos uruguayos les debemos mucho a los colegas venezolanos.[...]. Una consecuencia no menor es que cuando se dio la oportunidad de regresar a

hacer algo por la reconstrucción de nuestra actividad local, estuvimos en condiciones de concertarnos y hacerlo. Los que estábamos en Venezuela tuvimos el camino más fácil que otros para esa concertación.”

## Desde la vuelta

La conjugación de un notable fracaso económico y un masivo rechazo social obligó al gobierno militar uruguayo a dejar en 1985 su lugar a un gobierno civil. El país pudo entonces mirar con libertad muchas facetas de la vida colectiva que habían permanecido ocultas o relegadas durante una década larga, una de las cuales la constituía la realidad de una actividad científica seriamente dañada e incluso, en algunas áreas, prácticamente suprimida. Esa situación, y también la aparición de algunos proyectos fermentales para el desarrollo de la investigación, impulsaron a retornar a muchos investigadores que formaban parte de la diáspora uruguaya. Entre ellos, procedentes de distintos lugares, se contaron varios de los antiguos miembros del IME. A la etapa que así comenzó se refiere esta sección, en la cual se hace un uso tan libre como en la precedente de los testimonios de los colegas ya citados.

### ¿Matemática uruguaya?

A la consolidación de aquella pequeña comunidad colaboró una cierta manera de hacer matemática; en ella perduraba el estilo propio de los maestros fundadores, Laguardia y Massera; también reflejaba las condiciones de trabajo de un grupo reducido, bastante replegado sobre sí mismo y con aspiraciones a afirmar su propia personalidad científica. Ese grupo no carecía de relaciones con el exterior - donde incluso se habían doctorado varios de sus integrantes -, pero las mismas eran bastante más esporádicas que en otros casos; se desempeñaba en un medio donde la investigación científica constituía una actividad marginal; entre las aspiraciones compartidas se destacaba una que alguno de sus integrantes formulaba sucintamente así: “hay que tener los propios problemas”.

Seguramente sería exagerado hablar de una “escuela”, pero existían improntas comunes bastante características, a las que uno de los colegas consultados aludió en los siguientes términos: “Hasta el retorno creo que hubo, en efecto, una matemática uruguaya. Un estilo de matemática que podría tener algunos rasgos distintivos. Bastante clásica, con más problemas concretos que abstracciones, sin rehuirle al cálculo, con una mezcla de estilos e ingredientes básicos mayor que la habitual. Cuando esa relativa versatilidad uruguaya me sirvió, pude apreciar sus ventajas. En cambio nunca pude aquilatar sus inconvenientes, ya que es mucho más fácil detectar el por qué de un éxito que la causa de un fracaso. Ahora, creo que no existe una matemática uruguaya, pero probablemente existan varias.” Y éstas, en general, son una parte muy pequeña

de “varias matemáticas” o corrientes “subdisciplinarias”, las cuales constituyen “colegios” bastante visibles que desbordan las fronteras.

La etapa académica que se inició en el Uruguay con el fin de la dictadura se vio poderosamente influenciada por los investigadores uruguayos que retornaron al país, por los que sin volver a radicarse en él colaboraron activamente con la obra de reconstrucción, por la gran cantidad de jóvenes que en esta etapa salieron a estudiar al exterior y regresaron, y por los relacionamientos internacionales de todos ellos. Se forjó así una malla de colaboraciones y vinculaciones con la academia internacional, del tipo que hoy ha devenido usual, pero que, debido a la micro escala de la actividad científica anterior y a su carácter bastante insular, marca con más fuerza que en otros países las diferencias entre un “antes” y un “después”.

En ese proceso, aquel embrión de “escuela matemática uruguaya” hizo su aporte a la reconstrucción del trabajo académico en el Uruguay de la democratización, conoció los sinsabores de los conflictos internos, y fue disolviéndose como tal. Los matemáticos uruguayos de las nuevas generaciones, y también los de las viejas que siguen activos, trabajan hoy mucho más integrados que ayer a diversas corrientes o escuelas de la matemática internacional.

### **El relacionamiento posterior**

Si los matemáticos uruguayos hicieron algún aporte al cultivo de su ciencia en Venezuela, allí obtuvieron una capacitación que no poco contribuyó a esa obra de reconstrucción antes mencionada. Desde esta óptica, el balance es claramente positivo: “las consecuencias fueron de un mutuo enriquecimiento. Naturalmente, Uruguay dejó de contar temporal o definitivamente con el aporte de varios de sus ciudadanos, pero los que regresaron lo hicieron con una experiencia, conocimientos, relaciones, etc. que probablemente no hubiesen obtenido de otro modo.”

Las vinculaciones posteriores varían según las áreas de trabajo, siendo escasas en algún caso, pero en conjunto bastante amplias. En referencia a lo vivido después del retorno al Uruguay, se comenta: “También durante ese período pude tener un contacto fértil y prolongado con los colegas venezolanos, que iniciamos hace más de 20 años y continua vivo en la actualidad. Quizá desearíamos que fuera más intenso, aunque estamos en condiciones y lo hacemos, de encontrarnos en congresos científicos y también de invitar a los especialistas de Venezuela a Uruguay regularmente.”

Ese relacionamiento ha sido útil particularmente para el cultivo de la matemática en el Uruguay: “Si bien me gustaría que estuviéramos mejor organizados para poder tener vínculos más estrechos, creo que hemos mantenido una comunicación suficientemente intensa. [...] Los vínculos existentes han sido útiles para otros uruguayos, de generaciones post - dictadura, que se han visto beneficiados con las visitas de los venezolanos a Montevideo, y han podido comunicarse con

ellos también en Venezuela, y en otras partes del mundo con las que unos y otros tenemos relaciones.”

### **La comunidad incipiente**

Si el exilio de parte del IME en Venezuela afirmó a aquella micro comunidad y potenció su proyecto para el retorno, el cual a su turno aflojó los lazos que la definían, del conjunto de la experiencia aflora la sensación de pertenencia a una comunidad más amplia: “Desde Venezuela en adelante, mis referencias locales han dejado de estar en Uruguay. Ahora están en Latinoamérica.”

Una comunidad implica similitudes objetivas y dimensiones subjetivas: valores, sentimientos, propósitos. En este caso, el reconocimiento se proyecta al futuro: “nuestra estadía venezolana [...] nos generó realmente la sensación de hermandad latinoamericana y de posibilidad efectiva de proyectos comunes en profundidad. Siento esto como un enriquecimiento esencial y no tengo ninguna duda de que si tuviéramos la oportunidad de llevar a la práctica la multitud de ideas y programas que existen, sería la mejor manera de pagar la deuda de gratitud que tenemos con la solidaridad que recibimos de Venezuela.”

La cita cierra y resume a la vez la parte testimonial de esta nota, al tiempo que da pie a una breve reflexión de carácter general en torno a la conjetura formulada al comienzo.

### **¿Una comunidad científica latinoamericana?**

Un estudio de conjunto acerca de los científicos en los países subdesarrollados destaca el dilema al que suelen enfrentarse: o participar en la solución de problemas locales o seguir los modelos y sistemas de referencia establecidos por la comunidad científica internacional. Los investigadores en el Tercer Mundo dependen en grado sumo de lo que se hace en los países centrales, de las líneas de trabajo que allí se definen, de su apoyo material y académico (Gaillard, 1994).

En América Latina, ese dilema se ha planteado a partir de una larga historia de soledad, destacada en la Conclusión - titulada “Peripheral Science” - del estudio de Glick (1994) sobre las relaciones entre ciencia y sociedad en nuestra región durante el siglo XX. Pocas instituciones y equipos muy pequeños llevaron a menudo a la constitución de lo que el autor mencionado denomina “disciplinas unipersonales”, vale decir, líneas de investigación constituidas en torno a un fundador y relativamente aisladas.

Ese aislamiento era frecuente en relación a la actividad científica internacional pero más aún con respecto al propio país. Glick subraya adecuadamente las dificultades para estructurar un programa de investigación en medio de la ausencia de toda tradición nacional en el área. No menos importante ha sido la debilidad tradicional de la demanda social de conocimiento generado dentro de fronteras.

En líneas generales, el crecimiento económico de América Latina se basó muy poco en las propias capacidades para la investigación y la innovación. La inserción de tipo periférico del continente, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, en la “división internacional del trabajo” hegemónica por las naciones industriales, canalizó hacia el exterior la mayor parte de la demanda tecnológica. Esa tendencia tuvo altibajos durante el siglo XX pero, en conjunto, siguió gravitando poderosamente en el acontecer continental: el aislamiento relativo de los investigadores y las universidades de América Latina responde no poco a la propensión de las empresas privadas e incluso públicas a comprar en el Norte la mayor parte del conocimiento que se genera o podría generarse endógenamente (Arocena y Sutz, 2000). Ello ha sido así aún en Brasil, el país latinoamericano que construyó el más fuerte sistema de ciencia y tecnología; como surge de un exhaustivo estudio acerca de la formación histórica de la comunidad científica brasileña, incluso cuando mayor fue el esfuerzo oficial por impulsar la creación de una tecnología propia, escasa resultó la sintonía del empresariado con esa meta (Schwartzman, 1979: 305-307).

Por consiguiente, aún en los casos en que los investigadores han preferido priorizar la atención a los problemas locales antes que la incorporación a la comunidad científica internacional, ello se ha visto obstaculizado por el papel marginal de la ciencia y la tecnología endógenamente generadas en los países subdesarrollados. En realidad, ése es uno de los rasgos más característicos del subdesarrollo. Y, sin duda, uno de los más preocupantes de cara al futuro, cuando la emergencia de la llamada “sociedad del conocimiento” lo que hace, ante todo, es ahondar lo que cabe denominar divisorias del aprendizaje. Estas ubican en las posiciones privilegiadas a las regiones y grupos sociales en cuyo seno se expande la generación y el uso de conocimientos de alto nivel y el acceso a formas avanzadas de la educación, mientras que relegan a los demás a situaciones muy difíciles.

En el contexto esbozado en los párrafos precedentes, cabe analizar una afirmación de Vessuri (1994: 72) cuando, en las conclusiones de su análisis sobre la evolución de la ciencia académica en América Latina, dice que “la incipiente comunidad científica se fue construyendo como un contrapunto permanente entre la voluntad de incorporación al sistema científico internacional y el deseo de llegar a tener una voz propia, autonomía en la definición de su perfil, sus intereses y su legitimación.”

En realidad, históricamente, el aislamiento dificultó ambas alternativas. En los últimos tiempos, las vinculaciones del quehacer científico latinoamericano con los centros académicos del Norte ha crecido rápidamente. Pero semejante incorporación al “sistema científico internacional” parece tener un carácter marcadamente dependiente; según Cetto y Vessuri (1998: 67), más del 95% de toda la actividad científica mundial, incluyendo gran parte de los esfuerzos latinoamericanos, gira en torno a proyectos establecidos en los países centrales. En

semejante contexto, es difícil que la agenda de investigación priorice la atención a los problemas de nuestros países o la afirmación de la comunidad científica latinoamericana. En suma, la existencia real de esta última se ve trabada por el subdesarrollo pero es imprescindible para abrir caminos hacia el desarrollo.

Ahora bien, ¿cuáles son los factores que inciden en el nivel de la actividad de investigación? Sus diferencias según los lugares y las épocas son explicadas, en el estudio clásico de Ben-David sobre el papel de los científicos en la sociedad, a partir de dos tipos de condiciones: por un lado, las cambiantes constelaciones de valores e intereses prevaletentes, que se traducen en distintos grados de apoyo a la ciencia; por otro lado, la organización misma del trabajo científico, su capacidad para un desempeño eficiente y para valorizar socialmente los resultados de la investigación (Ben-David, 1984: ver en especial pp. 169 y sig.) En esto último, parece esencial la capacidad de una cierta comunidad científica para pasar de simple “grupo latente” a verdadero actor colectivo.

Un conjunto de personas con ciertas características similares - por ejemplo, dedicarse a la investigación y vivir en América Latina - no tiene obviamente por qué constituir una comunidad capaz de actuar como tal. Para ello hacen falta interacciones prolongadas, experiencias y conveniencias compartidas, referencias y valores comunes, códigos y marcos institucionales que permitan el intercambio de puntos de vista así como el manejo de disensos y consensos, proyectos imaginados en conjunto. Esas parecen ser condiciones bastante necesarias - aunque seguramente no suficientes - para que un grupo latente se convierta en actor colectivo.

La experiencia considerada en estas páginas es, presumiblemente, sólo una de las varias que sugieren que las historias de los exilios han colaborado fuertemente a entretejer los lazos objetivos y subjetivos que pueden llegar a constituir una real comunidad científica latinoamericana.

## Epílogo personal

Algo conectado con lo dicho antes busqué transmitir hace ya largo tiempo, al escribir: “quiero expresar mi reconocimiento a la institución, a la Universidad Central de Venezuela, donde he vuelto a respirar el aire vivificante de una universidad autónoma y cogobernada. Aquí he encontrado amigos y compañeros en la tarea de llegar a ser, algún día, auténticos científicos latinoamericanos.” (Arocena, 1979)

Este testimonio, que agrego al de mis compañeros, indica que sus sentimientos son también los míos. Estoy seguro de que hablo en nombre de todos los matemáticos uruguayos cuya peripecia vital motivó esta nota, al afirmar que, lejos o cerca, siempre llevamos a Venezuela en el corazón.

## Referencias

- Arocena, R. & Pérez, G. (1986): “Matemática”, en Ciencia y Tecnología en Uruguay, CINVE - Ministerio de Educación y Cultura, 71-94.
- Arocena, R. & Sutz, J. (2000): La Universidad Latinoamericana del futuro, Ediciones de la Unión de Universidades de América Latina, en prensa.
- Arocena, R. (1979): Prólogo a la tesis de doctorado en Matemática, Sobre las medidas que verifican la desigualdad de M.Riesz, , Facultad de Ciencias, Universidad Central de Venezuela.
- Ben-David, J. (1984): The Scientist’s Role in Society, The University of Chicago Press, Chicago.
- Cetto, A.M & Vessuri, H. (1998): “Latin America and the Caribbean”, en World Science Report 1998, Elsevier, UNESCO, 55-75.
- Foias, C. & Frazho, A.E. (1990): The Commutant Lifting Approach to Interpolation Problems, Birkhäuser.
- Gaillard, J. (1994): “The behaviour of scientists and scientific communities”, en Salomon et al edit., The uncertain quest: Science, technology and development, United Nations Univ. Press, 201-236.
- Glick, (1994): “Science and Society in Twentieth-Century Latin America”, en Bethell, L. edit., The Cambridge History of Latin America. Volume VI, Cambridge Univ. Press, 463-535.
- Inchausti, M. (1995): “El I. M. E. en la Facultad de Ingeniería. Su dimensión científica”, Publicaciones Matemáticas del Uruguay, Suplemento al Volumen 7.
- Ribeiro, Darcy (1971): La Universidad Latinoamericana, Universidad Central de Venezuela, Caracas.
- Schwartzman, S. (1979): Formação da comunidade científica no Brasil, FINEP, Río de Janeiro.
- Vessuri, H. (1994): “La ciencia académica en América Latina en el siglo XX”, REDES Revista de estudios sociales de la ciencia 2, 41-76.